

¡Qué cuadro! Pero ¿cómo lograr, sin incurrir en negra perfidia, que choquen estas dos enamoradas que no se conocen?.. Una mujer no dudaría: con escribir un anónimo habra resuelto la dificultad. ¡Pero un hombre! ¡Pero yo! Ante todo no han de emplearse medios que puedan avergonzarnos.

Rumiando estas ideas, llegó hasta la puerta de su casa. Entró, se acostó y durmió, sin pensar en la combinación que buscaba, y sin ver á la señora de Sortais ni á la señorita Nantheuil, en sueños.

Por la mañana se levantó, tomó el desayuno y comenzó á leer los peridiocos. Sobre la mesa, la *Revue française*, intacta, llevaba dos días de espera; la miró, le quitó la faja, examinó el sumario y, bruscamente, se le agolpó la sangre á la cara. Acababa de leer, en la sección « Libros nuevos »: *Visiones ardientes*, por Oliverio Juglat, y, á continuación, el nombre del crítico impreso en caracteres negros que le bailaban ante los ojos: Florisa Barel. Exhaló un suspiro, sintió que se le angustiaba el corazón y tuvo el presentimiento de una catástrofe. Con mano temblorosa cortó las hojas de la Revista, y, de un tirón, leyó el terrible estudio crítico. Al concluir la lectura, se quedó aterrado. Resultaba, pues, que Florisa no amenazó en vano; anunció que iba á escribir el artículo y lo había escrito. En el conturbado cerebro de Andrés chocaron ideas confusas. Primero ésta: — La Marquesa va á creer que he inspirado el artículo. — Luego esta otra: — ¿Cómo ha escrito Florisa estas páginas llenas de feroz ani-

mosidad? ¿Acaso siente celos de la señora de Sortais? Desde el punto de vista literario... ¡es imposible! ¿Entonces?.. ¿Qué ha ocurrido en ese cerebro tan nutrido de ideas que en nada se asemejan á las del resto del mundo?.. Florisa, indignada por el injurioso proceder de que la señora de Sortais había hecho víctima á Treillard ¿quería demostrar á la ingrata lo mucho que perdía al privarse de la protección del escritor? Si era así, el compañerismo más abnegado nunca hubiera podido manifestarse en forma más elocuente y eficaz. ¿Sería tal vez que aquella joven tan singular, aun habiendo rechazado el cariño de Andrés, aprovechaba le ocasión que se le ofrecía para vapulear á su rival.

Treillard permaneció meditabundo, ¡Cuán grande debía ser el furor de la señora de Sortais! Firmado por cualquiera que no fuese Florisa, el artículo no hubiese tenido más alcance que el de una crítica áspera. Pero, firmado por la insigne escritora, revestía toda la importancia de un manifiesto. En el hecho de que la personalidad más alta en el feminismo y en la literatura tratase sin piedad á una aristócrata que alardeaba de artista, cual la señora de Sortais, existía algo como una ejecución. ¡Cuánto se regocijarían con lo ocurrido, las buenas amigas de la Marquesa! En aquel mundo tan chismoso, tan fútil y tan mal intencionado, ¡qué ocasión para cebarse! Harían que la Musa pagase muy caras sus apoteosis, y se desquitarían con sarcasmos de las alabanzas que le habían prodigado. Pero como, ante todo, Treillard que-

ría saber á qué atenerse sobre los motivos que impulsaron á Florisa á escribir el artículo, decidió visitarla.

Desde hacía un año, no había puesto los pies en casa de la escritora. La encontró, leyendo, en su gabinete de trabajo, y fué recibido con los brazos abiertos y la mirada satisfecha, como á un amigo esperado. Le hizo sentarse en una butaca cerca de ella, y le señaló la copa de bronce llena de cigarrillos. Andrés rehusó con el gesto, y, grave, miró á la joven:

— Florisa ¿no sospecha el objeto de mi visita?

— Sí, amigo mío, lo sospecho. ¿Verdad que se trata del artículo de la *Revue Française*? No tiene usted por qué asombrarse; ya se lo anuncié.

— ¿Pude imaginar que iba á ser tan dura?

— Sabía usted que diría mi opinión sin atenuantes ni rodeos.

— Luego ¿piensa todas las crueldades que ha escrito acerca de esa desgraciada mujer?

— No sé de qué desgraciada mujer se trata, contestó con firmeza la escritora. — No conozco más que su obra y sólo su obra tengo que juzgar.

— ¿Es verdad eso?

— Como lo oye.

— Entonces ¿por qué esos personalismos feroces, esas ironías acerca del seudónimo masculino adoptado por la autora, y esa disección implacable y minuciosa de su estilo, para señalar las torpezas y los defectos? ¿Qué escritor ni qué obra podrían resistir á semejantes medios de ataque y á tales procedimien-

tos críticos? Florisa, ha actuado usted como una inquisidora; sólo una mujer era capaz de emplear esos refinamientos para torturar á otra mujer.

— No hay que divagar, mi querido amigo — dijo tranquilamente Florisa. — Véase en qué extremos de intolerancia dan, hasta los cerebros mejor equilibrados, por ese abuso de elogios á que se han acostumbrado los escritores. Llegará usted á creer que he sido implacable, cuando me he limitado á ser justa. He tenido la audacia de encontrar las producciones de Oliverio Juglat, absolutamente detestables, y de afirmarlas así en letras de molde. ¡Qué crimen!... ¡Van á llorar unos lindos ojos!

— Sí; van á llorar unos lindos ojos; unos lindos ojos que usted no conoce, y á los cuales amo; y me duele que usted les haga derramar lágrimas, porque me pregunto si no debo considerarme en cierto modo como responsable de las durezas que los hacen llorar.

— Para su tranquilidad de conciencia sepa, amigo mío, que al escribir ese artículo no he pensado ni por un minuto en usted. Sólo he tenido en cuenta la inaudita presunción de esas muñecas mundanas que, poseyendo ya todos los prestigios del capital, de la elegancia, del linaje y de la belleza, no se dan por satisfechas y quieren, por medios fraudulentos, captar la gloria literaria y aureolarse con ella.

— ¡Qué exaltación, Florisa! ¿Es esta la altiva y desdeñosa señorita Barel que, encontrándose segura del triunfo propio, miraba con indiferencia tranquila los triunfos ajenos? Hay acentos de rencor en

cuanto dice. La desconozco por completo. ¿Por qué anatematiza de ese modo? ¿Qué le han hecho á usted las poetisas y las novelistas?

— ¡Versos y prosas! ¿No es bastante? Hablando formalmente, ya somos varios, hombres y mujeres, los que empezamos á cansarnos de la curiosidad necia que se otorga á las nonadas y á las estupideces que elaboran las grandes damas. Su presunción sólo puede compararse á su estulticia. Abusan de la posición que ocupan para confeccionar versos alejandrinos ó para fabricar minúsculas psicologías imbéciles. De sus producciones, las menos malas son las más breves. Cuando esas *snobinas* hayan recibido varios vapuleos bien administrados, en vez de las ovaciones á que se han acostumbrado, es probable que refrenen sus ambiciones y guarden alguna más continencia.

— Pero ¿por qué empezar la campaña por la pobre Marquesa?

— No conozco más que á Oliverio Juglat.

— ¡Pero, yo, conozco á la señora de Sortais!

— Ah! Toda vez que lo desea... ¡hablemos! ¿Cree enternecerme ó inspirarme remordimientos llamándome la atención sobre las relaciones mundanas que ha sostenido con esa querida dama? Hasta ahora, le le he hablado como compañero. ¿Quiere que, desde ahora, le hable como amiga? ¿Acaso el tiempo que ha perdido usted en esos salones, donde ha vivido más de tres meses, no tenía valor inestimable? A la hora precisa en que va á decidirse su carrera, en vez

de prepararse para el esfuerzo supremo, con objeto de adelantar el triunfo... ¿qué hace usted? Acaparado por esa poetisa premiosa, se engancha á los varales de su vehículo literario, y se dedica á tirar briosamente para sacarla del atolladero. Mientras tanto, descuida usted la labor propia; y cesa de producir. Vagabundea entre ociosos que se afanan por matar la longitud enorme de las noches y de los días, que debieran ser muy cortos para usted. Adquiere hábitos de holganza, enervándose en espera de goces prometidos y jamás otorgados. El que estaba llamado á ser un buen escritor, se trueca en un comparsa de *five o'clock*. La inspiración creadora se pierde, como manantial del que nunca se saca agua. ¡Qué desdicha! Y ¿aun quiere que como amiga, porque ya sabe, Treillard, que le profeso la amistad más sincera, aun quiere que mire con indulgencia á esa mujer que le ha hecho tanto daño? ¡No! ¡No! ¿Qué le ofreció en pago de la servidumbre? ¿La Academia? Pero ¿para qué fecha? Aun tiene necesidad de seguir produciendo, lo menos durante diez años, para hallarse en condiciones de pasar el puente de las Artes. Aun es usted muy joven; no tiene más remedio que esperar trabajando y... ¡no trabaja! ¿De qué modo, esa preciosa Marquesa, le endulzará lo largo de la espera? ¿Decidiéndose á amarlo? Pero... ¿se decidirá? Entre ustedes ha estallado una crisis pasional. O usted se ha prohibido ó le han prohibido la entrada en el palacio señorial. En resumen, Treillard, que ha dejado de visitar á su dama, y que, después de haber realizado

tantos sacrificios, se encuentra ahora como antes. Y ¿cree desarmarme obligando á que puntualice la situación deplorable que se ha creado? Pobre engañado ¿quiere usted imponer el engaño aun á los que no tienen interés en dejarse engañar? ¿Qué me ha hecho esa poetisa con sus *Visiones ardientes*, que son mezquinas excitaciones de alcoba? ¿Con quién ha tenido esas visiones? ¡Positivamente no ha sido con usted! Y, en todo caso, hay que reconocer que la dama no se entusiasma mucho. ¡Dios mio! ¡Si todo el libro es artificioso, convencional, rebuscado y pobrísimo de expresión! Como escritora, la Marquesa es de lo peor que he leído. Como enamorada, me hace creer que es una tramposa. Y ya está ajustada la cuenta de ella y, de paso, la de usted. Por todas estas razones, y por algunas otras que se me quedan en el tintero, no me arrepiento de un sólo renglon de mi artículo. Y hasta me parece que no habría que apretarme mucho, para que escribiera otro.

— ¡Ah! ¡Dios nos asista! — exclamó Treillard con acento suplicante. — ¡Ya basta y sobra con el primero!

— Pues, mire: hay que creer que el artículo estaba en el aire y que se esperaba con impaciencia que cayera. He recibido muchas cartas de hombres y de mujeres de la alta sociedad, felicitándome por mi «valor». ¿Qué valor? No me creía tan valiente. Los que me escriben, me invitan á continuar y me señalan á tales y cuales poetisas y novelistas, considerando que merecen castigo duro y aguardando que

yo se lo imponga muy pronto. Sospecho que las damas acaudaladas que manejan la lira, han cansado algo á su auditorio y comprendo que los mismos que las aplauden reventarían de gozo contemplando como las arrojaban de sus pedestales. En una de las cartas se dice:

« ¡Las grullas del Parnaso nos fastidian! Trátelas pues, como se merecen ». Como ve usted, es una excitación á la matanza.

— Pero ¿qué voy á hacer yo? — exclamó el literato.

— Siendo astuto, debe ir á reanudar relaciones con la Marquesa. Por supuesto, en el caso de que en ello encuentre alguna satisfacción, por pequeña que sea. Mucho me equivoco si ahora no está usted en situación más airosa que nunca. Un profesional, vigorosamente criticado, se sacude las moscas, piensa en otra cosa y vuelve al trabajo, Pero, ¿un aficionado?... Figúrese el estado de ánimo del aficionado que, á ciencia y paciencia de su camarilla, se vé desposeído de la importancia en que cifró su ufanía. Todas las horas del día y de la noche le resultan insuficientes para devorar la rabia y para analizar la injuria recibida. Se halla totalmente dominado por la influencia del percance. No encuentra, en el mundo, interés mayor que el de vengarse ó el de triunfar. Todo lo subordina á la satisfacción de su amor propio. Comprenda, ahora, cuánto vale un Treillard, desdeñado la víspera, pero que puede ser un fiador ante la opinión pública. Hágase el paladín de la bella desolada;

rompa en su obsequio algunas lanzas, proclame sus méritos; garantice su talento. Y, así, será usted el hombre indispensable, al cual nada es posible negar.

— No tengo ganas de desempeñar ese papel.

— ¡Ah! ¡Ah! ¿Luego está usted formalmente disgustado con esa encantadora dama?

— Ha procedido muy mal conmigo. Por esa misma razón me ha contrariado tanto el artículo. Se sabe que usted y yo somos amigos íntimos...

Florisa enrojeció :

— ¡No importa! ¿Quién podría acusarme de haber escrito el artículo cediendo á deseos de usted?

— ¡Bah! ¡La señora de Sortais! Y, aun cuando no lo crea, lo dirá.

— ¿Tan tonta la cree usted? Yo no le infiero esa ofensa. Calculo que dirá que envidio su gloria y que trato de rebajar su mérito literario, pero...¿insinuar que la he zurrado á instancias de usted?... ¡Sería vulgarísimo! Sin contar con que, entonces, se vería forzada á hablar de las relaciones de ustedes y de lo que usted pretendía, con lo cual proporcionaría á sus amigas ocasión para que la criticasen por exceso de... coquetería. No. Si es mujer inteligente, no hará eso.

— ¿Pues qué hará?

— Ingeniarse para atraer á usted.

— Ya lo ha intentado.

— ¡Lo está usted viendo!

— Sin resultado.

— ¿A quién envió como embajador?

— A su marido.

— Naturalmente. ¡Estaba en carácter! ¿Por qué no ha vuelto usted?

— Porque la Marquesa tiene un amante.

Florisa hizo un gesto de asombro divertido :

— ¡Eh! ¿Cómo no me lo ha dicho antes? ¡Vamos! ¡A qué extremos se llega! Y ¿por esa razón la dejó usted?

— Sin duda.

— ¿La sorprendió usted?

— Sí.

— Comienzo á comprender los temores de usted, respecto á que se crea que nos hemos aliado contra esa dama; pero no los encuentro justificados. Y... ¿quién es el amante?

— ¡Oh! Puedo nombrarlo. Usted será discreta. Es el barón de Roize

— ¿Profesión?

— Buen mozo.

— ¡Bonito empleo!

— Lo desempeña á conciencia.

— Pues lo compadezco con toda mi alma. No debe divertirse mucho diariamente. ¡Hermoso porvenir se prepara! ¿Imagina usted cuál puede ser la situación de un galán de oficio, llegado á viejo y desprovisto de atractivos y de facultades?

— Una situación muy semejante á la del autor triunfante que va pasando de moda y que va viéndose privado del favor del público.

— Sí; tiene usted razón; me he equivocado al satirizar á ese guapo mozo. Ese galán se presenta en el escenario del mundo y desempeña su papel todo lo mejor que sabe y puede, para obtener la aprobación y el aplauso de la galería. ¿Por ventura hacemos nosotros cosa distinta? No alardeemos, pues, de desprecio. Los procedimientos que emplea son diferentes de los nuestros, y nada más.

— Perfectamente. Florisa, toda vez que ya hemos filosofado sobre el caso de la señora de Sortais, necesitamos hallar una conclusión para nuestros razonamientos. ¿Está usted dispuesta á curar la herida que ha abierto?

— Y ¿cómo?

— Malatiré no le niega á usted nada. Pídale que escriba un sueltecillo en la cubierta de la *Revue*, para atenuar, mediante algunos elogios, las durezas del terrible artículo...

— ¿Qué interés tiene en ello? ¿Piensa usted ostentar como mérito el haber conseguido esa minúscula satisfacción?

— ¡No lo permita Dios! Me propongo realizar, sencillamente, un acto de generosidad anónima.

— ¿Con qué objeto?

— Por gusto.

— ¡Ah! ¡Poeta! Después de todo, no hay inconveniente por mi parte. No tengo interés en que ese Oliverio Juglat siga caído en el polvo. Que se levante y se cepille, si eso es del agrado de usted.

— Muchas gracias.

— Luego ¿aun continúa usted amando á esa encantadora dama?

— ¿Se cree que voy á tomar á usted por confidente?

— ¿Por qué no?

— Porque aun no está lejano el tiempo en que yo hablaba de amores por cuenta propia y dedicados á usted.

— ¿Cómo? ¿Aun se acuerda de eso? ¡Ah, Treillard! ¡Qué veleidades de voluntad y qué inconsistencia de sentimientos hay en usted! ¡Cuán inspiradísima estuve al no aceptar el cariño que me brindó! Tan poco seguro está usted de sí mismo, que ha venido aquí para defender á la marquesa de Sortais y ha tenido que imponerse una molestia para hablar libremente ante Florisa Barel.

Treillard no contestó. Permaneció meditabundo, con la cabeza baja. Al cabo de un rato irguió la frente y mirando á la joven con aire sombrío :

— En realidad, no he amado á nadie más que á usted. Todas las fantasías que he alimentado, sólo han sido derivativos de este cariño único. Le ruego crea que no he abrigado hacia la señora de Sortais, los sentimientos que me había inspirado Florisa Barel. Eran cosas completamente distintas. Usted los desdennó; no hablemos más de ello. Sin embargo, no se forje la ilusión de que están muertos en el fondo de mi pecho. Subsiste imborrable la huella de ese cariño rechazado y no correspondido. Y, en cualquier instante de mi vida, á poco que se examine, se encontrará esa huella tan marcada como el primer día.

Más conmovida de lo que hubiera deseado mostrarse, Florisa alzó las marfileñas manos con ademán de protesta:

— ¿Nunca será usted razonable? ¿De qué le sirve la experiencia de la vida? ¿Sólo la utiliza para crear personajes de novela ó de comedia? ¿Sólo aplica á la literatura, la agudeza de espíritu que posee? Supongamos que escribe un libro y que coloca á un hombre y á una mujer en la misma situación en que nosotros estamos. Comienza á dialogar, y les hace que se digan exactamente, con justeza admirable, lo que deben decirse. Y, entonces, discurre y razona por los dos, de un modo riguroso y preciso. Pero, se trata de cosa personal y propia, y, en seguida, cual si se rompiera un resorte, principia usted á divagar. El caso, para observado, resulta muy curioso, pero, en el fondo, algo triste, porque se encuentra en esta demostración una prueba más de la flaqueza humana. ¡Cuán débiles y torpes somos, desde el punto y hora en que entran en juego nuestras pasiones! Toda filosofía desaparece; toda prudencia se anula. Y no queda más que el hombre, casi me atrevería á decir el animal, con sus instintos rudimentarios. ¡Ah! ¡Miseria humana!

— Florisa, — exclamó Treillard con arrebató. — No se vanaglorie de superioridad, por el hecho de no sufrir las influencias comunes á todos los seres. La excepción, en este caso, está muy cerca de ser una monstruosidad. Es usted demasiado insensible. Algún día sufrirá cruelmente. Algún día se horrorizará de

ese nihilismo sentimental. Algún día se encontrará devorada por remordimientos. Pero, acaso, entonces demasiado tarde.

Se levantó, dió varios pasos por el gabinete, volvió hacia Florisa.

— Mire, el justo castigo de su orgullo sería que usted se enamorara de un imbécil.

La joven, sonriendo, miró á su amigo y dijo:

— ¡Eh! ¿Quién sabe? ¡Acaso fuera eso mi felicidad!